

HOMILÍA DE DIFUNTOS¹ (SAB 2, 1-5;21-23; 3, 1-9; RM 14,7-12; JN 14,1-6)

Por JOSÉ RODRÍGUEZ DíEZ, O.S.A.

«Dios creó al h. para la inmortalidad y lo
hizo a imagen de su propio ser»
(*Sab 2,23*).

«Todos compareceremos ante el tribunal
de Dios...cada uno dará cuenta a Dios de
sí mismo»
(*Rm 14,11-12*)

«Voy a prepararos un lugar»
(*Jn 14,2*).

Queridos D^a Amparo (viuda), Excmo Sr. D. Gustavo Villapalos, (Presidente de la Fundación Universitaria Española) y demás patronos de FUE, familiares y amigos de nuestro hermano difunto RAMIRO FLÓREZ (†29-VI-2006), miembro de esta sabia Casa, difusora del pensamiento y valores cristianos.

La Palabra de Dios, que hemos escuchado, es un encuentro con el Señor en la muerte para mejor vivir la vida. Un encuentro de todos y cada uno, porque la muerte —verdad tan real, que ni el más ateo niega— es un hecho incontrovertible que nos afecta de manera igualitaria. Cuando nos preocupamos de cómo hemos de vivir asegurados, la muerte de nuestros seres queridos nos recuerda la tremenda realidad de nuestro destino final,

¹ Homilía pronunciada por el P. José Rodríguez, o.s.a., en la Misa celebrada por el eterno descanso de Ramiro Flórez, en la Fundación Universitaria Española, el 22 de septiembre de 2006.

personal. Ello nos invita a que tenemos que estar en forma, potenciando la razón con la fe: «creer para entender y entender para creer» (San Agustín, *Ep.* 120,3; *Serm.* 43,9; Juan Pablo II, Enc. *Fides et Ratio*, 1998), armonizando y complementando ambos conocimientos, como insiste el papa Benedicto XVI.

Porque la razón necesita ayudarse de la fe, que es como una sobre-razón, no anti-razón, pues es el mismo el autor de la razón y de la Revelación y no puede contradecirse a sí mismo. En este sentido, el cristianismo es un superhumanismo de razón + fe. La razón finita, la ciencia, explica biológicamente la muerte (nacemos, crecemos, vivimos, envejecemos, morimos); la fe añade que resucitamos, que *Dios creó al hombre para la inmortalidad* (Sab 2, 23). La razón, la ciencia biogenética, que ya ha dibujado —que no leído todavía— el mapa del genoma humano, nos dice que el hombre tiene más genes que el animal más aproximado; y el sentido de la fe viene a decirnos que en la diferencia cuantitativa científica hay un *plus* de salto cualitativo, de racionalidad creacional, que supone estructuración distinta del material genético, distanciándonos de los animales (que pasan por los siglos sin inventar nada, que viven para comer, mientras el hombre come para vivir, para progresar en la ciencia). Es el alma racional, el creacional *spiraculum vitae* del Génesis, el espíritu con las llamadas tres facultades o manifestaciones humanas de memoria, inteligencia y voluntad *a imagen de su propio ser* (ser de Dios) (*ibid.*), uno en trinidad de personas.

La razón, la filosofía, nos dice que la vida es una «meditatio mortis» (Platón); que vivir es un «aprender a morir», como ya decían los filósofos paganos antiguos; o que el hombre es un ser-para-la-muerte en expresión de filósofos modernos (Heidegger); pero la Fe, trascendiendo la muerte, el «homo ad mortem», nos afirma que el hombre es un ser-para-la-vida, «homo ad vitam»! (s. Agustín, *In Jn*, 3,12): *Yo lo resucitaré en el último día* (Jn 6,40); *voy a prepararos un lugar* (Jn 14, 3). La razón inteligente o el corazón humano también apunta que nuestra esencia es vivir, «querer no morir, ser y ser y ser siempre, siempre» (Unamuno); y este deseo congénito, natural, inscrito en nuestra existencia, no puede ser vano, vacío (el autor de la naturaleza jugaría con nosotros). Tanta es esta querencia humana a sobrevivir, que la historia de la humanidad (culturas, artes, literaturas) desde los Presocráticos griegos [Ferécides de Siros] afirma mayoritariamente, con las luces solo de la razón, la inmortalidad del al-

ma: «no moriré del todo», («non omnis moriar» de Horacio). Pero quedan las afirmaciones en nebulosa.

Hace falta la Fe que clarifique, que certifique la sospecha de inmortalidad. Y la Fe, la Revelación bíblica afirma rotundamente la inmortalidad del ser humano, incluso con la resurrección de su cuerpo (que no sospechó la razón): Es el *grano que muere para surgir otro nuevo... Así pasa con la resurrección de los muertos: se siembra corruptible, resucita incorruptible, glorioso, poderoso, se siembra un cuerpo animal, resucita un cuerpo espiritual...; esto corruptible tiene que revestirse de incorruptibilidad, y lo mortal de inmortalidad...*(I Cor, 15, 35-54). Es el hombre terreno hecho hombre celestial; y es defendible teológicamente que esto ocurrirá, no al fin de los tiempos, sino *en el último día* (Jn 6, 40) de cada uno, nuestro último día, a la hora de nuestra muerte, porque tiene que resucitar toda la persona, el *ipsum esse*, que implica alma y cuerpo. Pero el cuerpo mortal, cumplida su misión, va a la tierra, inhumado o cremado, mereciendo todos los respetos por haber sido templo de Dios; y el cuerpo transformado, espiritual, al cielo, a un modo de ser, a un estado de vida, donde *todos compareceremos ante el tribunal de Dios..., cada uno dará cuenta a Dios de sí mismo* (Rm 14, 11-12), que es el llamado juicio particular de la película de nuestra vida. El juicio universal será la película global, *en el último día*, como una manifestación del triunfo final de la vida sobre la muerte.

Hermanos: Reafirmemos la debilidad de nuestra razón con la *fuerza* de la fe y de la esperanza en nuestra Resurrección con estos pensamientos inmortales de la Palabra de Dios en el NT:

si Cristo no hubiera resucitado, nuestra fe sería ilusoria...los cristianos seríamos los más miserables...Pero Cristo ha resucitado, primicia de los que han muerto
(I Cor 15, 12-21).

Es doctrina segura, si morimos con él [Cristo], resucitaremos con él
(II Tm 2,13).

Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor. En la vida y en la muerte somos del Señor
(Rm 14,7).

Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque haya muerto vivirá

(Jn 11,25).

A los que han muerto en Jesús, Dios los llevará con él

(1 Ts, 4,13).

Dichosos ya los muertos que mueren en el Señor

(Ap 14,13).

...estaremos siempre con el Señor. Consolaos, pues, con estas palabras

(1 Ts 4,17).

Y si no basta el amor, valga también el temor:

Los que hayan hecho el bien, saldrán a una resurrección de vida; los que hayan hecho el mal, a una resurrección de condena

(Jn 5,29).

Entretanto, Hermanos, vivamos conforme a razón y fe cristiana, como creemos que vivió nuestro difunto RAMIRO. Él, que fue pensador por naturaleza, filósofo por profesión y humanista por cultura; él, que escribió mucho y bien sobre «Libertad y liberación», sobre «Presencia de la verdad», sobre la «Doble dimensión del hombre (agustiniano)», sobre su temporalidad e intemporalidad, interioridad y trascendencia; él, que pasando por dos estados de vida, pudo recibir debidamente todos los Sacramentos de la Iglesia, vividos con conciencia cristiana, purificada por una dolorosa enfermedad mortal; él, que ya se encuentra en la segunda dimensión intemporal e inmortal, que su testimonio de entrega al apostolado de la pluma, de la docencia y de la conferencia, sembrando valores cristianos de Razón y Fe hasta última hora de sus días octogenarios, sea un paradigma para cada uno de nosotros y de esta docta Fundación Universitaria Española.

Y como *es una idea piadosa y santa rezar por los difuntos para que sean absueltos de sus pecados* (II Mc 12, 46), pidamos en esta Eucaristía por nuestro hermano RAMIRO, si necesita de nuestras oraciones; y pidamos a él, si nosotros necesitamos de su intercesión.

Y concluyo con este Himno litúrgico para la reflexión:

*«Dejad que el grano se muera
y venga el tiempo oportuno:
dará cien granos por uno
la espiga de primavera.
Mirad que es dulce la espera
cuando los signos son ciertos;
tened los ojos abiertos
y el corazón consolado:
si Cristo ha resucitado,
¡resucitarán los muertos; Amén».*